



cadencia; y cuando los indígenas, hallando mal avenidas la generosa doctrina del Redentor, el lábaro de la Cruz, noble pendon implantado por Colon en el suelo virgen de aquella América frondosa y bella, con el látigo del corsario y del avaro verdugo, empezaron á fundir al hervor de su sangre, ennegrecida por el fuego de tan bárbara y continuada tiranía, las cadenas de una esclavitud infamante para el nombre de Castilla, no extirpada todavía, con triste pena y profundo sentimiento de los que ante la oracion del *Padre Nuestro* y ante la imagen de *Jesucristo*, no deseamos ver en el mundo sino frentes de hombres redimidos y de hermanos rescatados del poder tiránico, aun cuando para tanta dicha hubieran de mermarse los hipócritas intereses del oro, de la avaricia y del venal mercantilismo, amasado en inocente sangre fratricida. Al lado de las grandes ideas, es como sólo pueden engendrarse los grandes hechos. Los que, segun doctrinas de falsa democracia, maldijeron en elocuentes discursos la esclavitud de América, no realizaron, cuando pudieron hacerlo, el triunfo de la libertad cristiana; una prueba más en pró de las grandezas imperecederas del catolicismo, única esperanza de América, como de Europa y del Universo entero.

La España, como poseedora universal de América, ya no vive; su nombre es maldito en el secreto pensamiento de aquella region del mundo; pero más tarde, al considerar que la España cristiana la envía un testimonio de justicia y una palabra de fraternidad, recogerá el eco de su voz amiga y habrá de bendecirnos, ya que del seno de esta patria, tan querida como desgraciada, salieron para los bosques de América los primeros misioneros, los primeros apóstoles de la santa libertad, que con torcido espíritu han desenvuelto despues algunos pueblos de ese nuevo mundo, nacido para la fe y para fraternizar con España, y perdido para España y para la fe en parte por la soberbia de sus dominadores.

Antes de consignar los descubrimientos, debemos referir el espíritu interno de la época, reflejado en el culto, en el arte cristiano y en la propagacion del dogma católico, de cuyas

grandes ideas tan ligeramente se ocupan Cantú, Anquetil y otros, y con tan grande como injusto desden tratan los falsarios de la historia en esta edad, llamada injustamente edad de la razon humana, edad ¡ay! de grandezas tan ciertas, como de locura y soberbia tan tristemente manifiestas en lo que se refiere especialmente al exámen crítico de esta edad de la vida, de la Edad Media.

La accion del pontificado no será jamás suficientemente enaltecida en el período en que nos ocupamos; instruye á la razon, dirige el sentimiento y prepara dias de ventura á los pueblos de la batalladora Europa.

La elevacion que Gregorio VII habia dado á la Iglesia católica en sus relaciones exteriores, obró igualmente sobre el culto, que adquirió un carácter más brillante, más inteligente y misterioso. Desde que las cruzadas habian dado ocasion á los occidentales para admirar los templos de la Grecia y del Asia, procuraron con ardor imitarlos; y por esto las primeras iglesias que se levantaron despues de este gran período, en su mayor parte son de estilo bizantino, y su forma es de un navío ó de una cruz, sobre las cuales está elevada una cúpula, para indicar simbólicamente que los fieles encerrados en la nave de Pedro y en la cruz del Salvador forman un solo cuerpo, que aspira al cielo tendido como una bóveda sobre su cabeza.

Pero luego se desarrolló entre los pueblos germánicos una arquitectura todavía más en armonía con las íntimas disposiciones de su alma, y que fué llamada gótica, ó mejor germánica, á causa de una curvatura particular del arco, y de que oportunamente daremos una descripcion minuciosa. El pueblo cristiano en general deseaba con ardor las fiestas de la Iglesia; en 1229 el concilio de Tolosa hizo una larga enumeracion de ellas, y el de Oxford hizo en 1222 una lista más larga aún, y tal que, segun ella, se consagraba la cuarta parte del año al servicio del Señor, pues la piedad de esos tiempos, extraños á los frios cálculos de los nuestros, no temía morir de hambre ni empobrecerse. El Sacramento del altar, sobre todo, vino á ser como el punto culminante de



la inspiracion religiosa y el centro de todo el culto; y respecto á esto, Inocencio III se expresa en estos términos: «Aquí todo es misterioso; de esta única fuente emana una dulzura celestial. En la misa sirven tres lenguas: la latina, que domina en todas partes; de la griega hay estas palabras *Kyrie eleison*; y pertenecen al hebreo las voces *alleluia* y *amen*» el objeto es honrar al Padre reconociendo la divinidad de Cristo, y luego recordar las tres lenguas en que fué puesta la inscripcion de la cruz.» Todos los grandes pensadores se ocuparon en este misterio, y los más grandes maestros de la vida espiritual se esforzaron en despertar disposiciones convenientes en los que participaban de ella. En 1203 el cardenal Guido, legado apostólico, estableció en Colonia el uso de una campanilla para avisar á los fieles el momento de la elevacion, y en las calles cuando se llevase el Viático á los enfermos. Tambien entonces se pusieron en uso los tabernáculos y los viriles (*ostensoria*) para conservar y poner de manifiesto el Santísimo Sacramento. Todas las artes rivalizaron en celo para producir pinturas acabadas, mientras que se celebraba dignamente el adorable Sacramento con himnos inspirados por el amor divino más puro á los fieles hijos de la Iglesia. En España, Bohemia y Polonia, merced á los cuidados de Gregorio VII, las liturgias mozarábica y slavona fueron substituidas por la liturgia romana, á fin de que ella fuese una prueba pública y universal de la union de todas las iglesias á la de San Pedro. Ya durante la época precedente, un profundo sentimiento de respeto habia inspirado temores sobre las profanaciones que podrían originarse de la participacion del cáliz; mas actualmente esta aprension era todavía más general; y como de otra parte los escolásticos más célebres enseñaban la *concomitantia corporis et sanguinis*, á saber, que el cuerpo del Salvador estaba por entero bajo cada una especie, y por lo tanto que se recibía la sagrada sangre con el cuerpo, el antiguo uso del cáliz se hizo cada vez menos frecuente. Hugon, obispo de Lieja, fué el primero que manifestó ese universal sentimiento y profunda veneracion hácia el adorable Sacramen-

to del altar, cuando en 1246 instituyó una fiesta particular (*festum Corporis Christi*), fiesta que diez y ocho años despues fué autorizada y extendida por toda la Iglesia por Urbano IV y Clemente V. Este último papa hizo observar en el concilio de Viena que el Jueves Santo no era dia favorable para semejante solemnidad. La fiesta de Corpus contribuyó de una manera considerable á desarrollar las pompas del culto y concentrarlo más que nunca en el sacrificio de la misa; y para añadir un nuevo brillo, Santo Tomás de Aquino compuso el más magnífico de todos los oficios con sus incomparables himnos. Esta solemnidad era, de otra parte, el objeto de los votos universales, como que era por esta representacion palpable de la presencia real, una verdadera reaccion contra muchas sectas que la negaban. Por el mismo tiempo se estableció la fiesta de la Inmaculada Concepcion, que los canónigos de Lyon celebraron los primeros en Francia en 1140; á ella se opuso alguna escuela, mas los franciscanos la extendieron con rapidez por el pueblo, quien la adoptó con alegría. Varios teólogos, y despues conocidas órdenes, atacaron la verdad dogmática de la Inmaculada Concepcion, de lo cual más tarde surgió una lucha muy viva, lucha que exigió la intervencion de los papas. Esta secreta inclinacion de los fieles en honrar á la Virgen, hizo que se adoptase la fiesta de la Visitacion á instancia de San Buenaventura, la que fué generalizada en 1389 por Urbano VI. Finalmente, en Loreto, cerca de Ancona, y en Zell, en Estiria, la gratitud de los pueblos y las tradiciones piadosas erigieron magníficas basílicas en honor á María.

Por el mismo tiempo se introdujo la fiesta de la Trinidad, última de nuestro año eclesiástico, cuyo origen, muy diferente de las otras, no estriba sobre hecho histórico de especie alguna. Segun el modo de pensar de los siglos anteriores, esta verdad fundamental del cristianismo, recibiendo una consagracion suficiente todos los domingos y en cada fiesta principal del año, no necesitaba una solemnidad particular; con todo, ya desde el siglo XII se principió en algunas iglesias particulares, principalmente en Lieja y en Arlés, á celebrar el





misterio de la Trinidad, como el complemento de las tres fiestas principales, y sobre todo de la de Pentecostés. Fué acogida por los fieles con entusiasmo siempre creciente, y el papa Juan XXII la extendió por toda la Iglesia en 1324, colocándola entre las solemnidades de segundo orden (*festum secundæ classis*).

El brillo de estas diferentes solemnidades aumentó de una manera particular con los magníficos himnos que aumentaron la antigua colección, y son verdaderamente una de las grandes glorias de esos tiempos. Un discípulo de San Francisco, llamado Tomás de Celano, muerto en 1220, nos ha dejado el sublime canto de dolor y de horror del *Dies Irae*, mientras que otro franciscano, Jacopona, que murió en 1306, disputa á Inocencio III el honor de haber compuesto el *Stabat Mater*, el más hermoso canto inspirado al hombre por el más tierno y puro dolor. De otra parte, aunque la lengua latina se conservó en la liturgia general como anteriormente, se debe á las cofradías la formación de un cuerpo de cantos religiosos en la lengua vulgar de cada país, y al lado de los himnos latinos adoptados para las grandes festividades, apareció una serie de traducciones poéticas, á las que pronto siguieron producciones originales. Conviene notar en contra de los que sólo hacen remontar á Lutero el establecimiento del canto religioso en Alemania, que existen vestigios sueltos desde el tiempo de San Bonifacio; en el siglo XII estos vestigios fueron ya más frecuentes, y un documento de 1323 pone de manifiesto que el idioma germánico estaba entonces plenamente establecido en Baviera para el servicio divino. Pero después que se hubo descubierto la imprenta, apareció una multitud de obras de este género, que aún poseemos. Así que las hay tres de 1494, y otras de los años 1500, 1503, 1507, 1508, 1512, 1513 y 1517, sin contar las que no llevan millar. Encuéntrase también muchos cantos religiosos publicados en las colecciones alemanas de canto llano que vieron la luz pública en Ausburgo, en Maguncia, en Basilea y Strasburgo desde 1474. En algunas partes el pueblo obvió á la falta de libros de oraciones con el Rosario, de que hemos hablado antes y al que los domi-

nicos aplicaron luego y extendieron todos los misterios de la Redención, los fundamentos de la fe y el culto de la Virgen Santísima. Después, así que D. Juan de Austria ganó en Lepanto la célebre batalla contra los turcos el mismo día en que los cofrades del Rosario cumplían sus solemnes peregrinaciones y sus particulares devociones para alcanzar la protección del cielo en favor de los cristianos, el papa Pio V, que pertenecía á la orden de los frailes Predicadores, instituyó la fiesta del Santo Rosario, fijada por Gregorio XIII al primer domingo de Octubre, y Clemente XI la extendió por toda la cristiandad.

Nunca faltaron al culto público esos sermones instructivos y enérgicos que lo vivifican y hacen verdaderamente útil, y precisamente al fin de esta época, en 1503, hallamos la siguiente notable observación: «Los sermones contribuyen más que cualquiera otra cosa á la conversión del hombre; le inclinan á la penitencia, por la cual se le perdonan los pecados mortales, mientras que el sacrificio de la misa basta para borrar los veniales.» Entre los predicadores más célebres de estos tiempos, pueden citarse Ivo de Chartres, San Bernardo, Hildeberto del Mans, Godofredo de Burdeos, Gilberto de la Porrée, Abelardo, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino y muchos otros escolásticos, que abandonaron las rigurosas formas de la escuela para instruir al pueblo con el lenguaje más sencillo y propio para esto. La orden de Santo Domingo se propuso por objeto especial la elocuencia oratoria, y Juan de Vicenza la poseyó en el más alto grado hacia 1230; antes de mezclarse en ella la política. Ya antes Foulques de Neuilly había agitado todas las poblaciones francesas, y las había empeñado en hacer nuevos sacrificios para reconquistar los Lugares Sagrados. En las cercanías de Ratisbona, el franciscano Bertoldo, muerto en 1272, conmovió los corazones más rebeldes y despertaba en ellos el espíritu de compunción.

Por aquellos tiempos, no sólo hubo predicadores, sino que se dieron los más sábios consejos sobre el modo de hacer más fecundos en resultados los sermones; así que Alano de Rys-



sel y el abate Guiberto de Nogent redactaron en 1124 tratados sobre el particular, y este último exige del orador sagrado una conciencia pura y una palabra enérgica y seductora, al propio tiempo que un lenguaje sencillo y familiar. Humberto de Roman, muerto en 1277, se conformó con este modelo en su obispado de Viena, y San Buenaventura procuró en su exposición histórica de la Biblia para los predicadores ignorantes (*Biblia pauperum*) destruir toda falsa tendencia del predicador, cuyo único objeto, según él, debe de ser la gloria de Dios y la salvación de los hombres. En los siglos XIV y XV hubo muchos países que parece recibieron una bendición particular bajo el punto de vista de la predicación. En Colonia y en Strasburgo, el místico Juan Taulero hizo una impresión tan sensible en el alma de su auditorio con sus discursos profundos y populares, que todos sus contemporáneos no sabían cómo describirla. Sin embargo, habiendo notado este orador humilde y popular que su energía en el hablar y hasta su sabiduría eran un obstáculo para que la divina palabra llegase al fondo de los corazones, se apartó del púlpito por dos años, no sólo para meditar en el retiro sobre la vida del Salvador, sino también para ejercitarse en la abnegación. Mas cuando se presentó de nuevo para predicar, le fué imposible soltar una palabra, y con sus lágrimas manifestaba el profundo sentimiento de humildad que le dominaba. San Vicente Ferrer, tan indulgente y afable para con los otros como severo consigo mismo, logró la conversión de muchos herejes con la perfección de su vida y con su elocuencia; además, predicó con tan feliz éxito en tantas y tan diferentes naciones, que se le creyó dotado con el don de las lenguas, y su vida angelical recordaba tan bien la de Jesús en la tierra, que los habitantes de Vannes exclamaron á su llegada: ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!

San Juan de Capistrano ejercía en Bohemia una influencia semejante contra los hussitas apelando á sus discursos latinos, que luego traducían un intérprete que le seguía en sus excursiones. Por su parte, Jerónimo Savonarola conmovió los corazones con una elocuencia po-

pular llena de imágenes y expresiones sacadas del Apocalipsis. También Gailer de Kaisersberg, muerto en 1510, no sólo llamaba á las almas á la vida interior, si que también atacaba con vigor las locuras mundanas y los abusos de la Iglesia, sobre todo en sus discursos satíricos contra el famoso navío de los locos de Brand. Un monje napolitano, llamado Gabriel Barletta, que vivía sobre el 1470, llevó este género de predicación hasta el exceso. Finalmente, á pesar de muchos defectos en la forma, los sermones alemanes de Pelbart, franciscano, tuvieron (1500) la virtud de conmover los corazones.

Hemos manifestado en conjunto que durante esta época el culto adquirió un carácter más digno y solemne, gracias sobre todo á los soberbios monumentos levantados en los siglos XIII y XIV y al perfeccionamiento de todos los ramos del arte, que, nacido á su vez del espíritu fecundo que anima á la Iglesia, merece nos detengamos en él por un instante.

La escolástica en sus nobles especulaciones, y la mística por su tendencia práctica que se llevó á cabo en el arte, contribuyeron ambas á acercar en cierta manera el cristianismo al hombre y á hacerse comprender mejor. Efectivamente, cuando se presenta la verdad desnuda y despojada de toda belleza sensible por el pensamiento, siendo de otra parte abstracta por naturaleza, espanta y aleja al hombre, que más vive por los sentidos que por el espíritu; mas va en pos de ella, y se la entrega de corazón y con sus sentidos, cuando, guardando su noble sencillez, se presenta con las formas variadas y seductoras del arte. En este caso, siendo dueña de su corazón, lo es de su vida, porque todas las fuerzas sensibles y espirituales del hombre parten y se concentran en el corazón, y en este fondo misterioso toman su savia y cualidades. Los símbolos, á la par graciosos y magníficos, bajo los cuales el arte cristiano descubría á la vista las verdades dogmáticas, las formas vivas que tomaba de la naturaleza y de la Historia para en cierta manera hacer palpables las ideas religiosas, llamaban la atención de los espíritus y producían un cierto efecto mágico sobre los corazones más rebeldes.





Así es como la Iglesia católica, servida á la vez por la ciencia y por el arte, supo corresponder con una inagotable fecundidad á todas las necesidades del hombre, á las exigencias más variadas de su inteligencia, de su imaginación, de su corazón y de sus sentidos. Este maravilloso poder se manifestó sobre todo en la época en que la arquitectura neogermánica, llamada gótica desde Vasari, reemplazó en la construcción de las iglesias al estilo bizantino, usado hasta entonces. El arte gótico se extendió por Alemania, Francia, Inglaterra, España y Sicilia, y no fué admitido en Italia, por hallarse acostumbrada al espectáculo de las construcciones romanas. Así la arquitectura gótica como la de Roma, parecen haberse refundido en la catedral de Milan, que presenta los extremos límites de ambas.

La ojiva, que caracteriza el arte gótico, es, en cierta manera, el símbolo del pensamiento cristiano, aspirando hácia el cielo, llevando la esperanza más allá del sepulcro, ó sea hácia la Jerusalén eterna. Las altas torres, construidas en otro tiempo para colocar las campanas, aisladas de lo restante del edificio, fueron en lo sucesivo asociadas al todo, y por una feliz inspiración fueron en cierto modo el punto culminante y la llave de la bóveda. En su disposición general, la basilica, templo del Dios vivo, teniendo que descansar sobre el cimiento de los apóstoles y de los profetas, y estar apoyado en Cristo, piedra angular, presentaba la forma de la cruz, símbolo y resumen de toda la religión, y tenía una división cuadrangular entre el coro y la nave en memoria de los cuatro Evangelistas, mientras que la bóveda ordinariamente descansaba sobre doce columnas en honor á los doce apóstoles. Las paredes, adornadas con esculturas caladas, se redondeaban á manera de arcos y se ensanchaban imitando botones de flores, ramas de todo género y plantas de mil formas. Se daba preferencia á los símbolos tomados del reino vegetal, porque las plantas parece que desean abandonar el suelo para marcharse hácia el cielo, mientras que los cuadrúpedos van con la cabeza inclinada á la tierra. En esta preferencia, los pueblos germánicos obedecían, sin saberlo, al profundo

sentimiento de la naturaleza que los distingue y á los recuerdos de esos bosques sagrados que sus antepasados veneraban. A pesar de todo esto, los animales no faltan absolutamente en el conjunto del sistema; así que al lado de la vid aparece el león, símbolo admirable de la fe; cerca de la rosa hallamos el pelicano y la tórtola, representando la caridad y la misericordia; también vemos la hiedra y el perro, que nos recuerda la fidelidad; y en otras partes se nos presentan dragones terribles y reptiles extraños, imágenes del demonio vencido. El mismo pavimento del templo queda animado con la figura de los delfines y de los monstruos que pueblan el Océano. En seguida, como fuera de su seno, hay coros, capillas, imágenes de la tierra firme, cubiertas por una doble línea de columnas á manera de otras tantas islas, y en sus cimas el cielo extiende su inmensa bóveda estrellada. Aquí se hallan reunidas las tres grandes divisiones de la naturaleza, á saber: el cielo, la tierra y el Océano, y la Historia en su sentido más espiritual; y en este mundo rejuvenecido habita el espíritu viviente de Cristo, el cual alternativamente se manifiesta por los Sacramentos, las súplicas y los himnos religiosos. El mismo sentimiento profundo y la misma inteligencia se ve en la disposición de la multitud de estatuas colocadas al interior y exterior de las basílicas. Sobre la puerta principal hay los príncipes de la Iglesia, los fundadores y bienhechores de la diócesis, y también los soberanos que reputaron que su primera obligación era sostener el cristianismo, los cuales ven que las generaciones van pasando y penetrando unas despues de otras en el templo de la paz y de la salvación; en el pórtico, los mártires, obispos y vírgenes, que son la gloria de la Iglesia universal, ó el orgullo de las iglesias particulares, recuerdan los frutos de gracia que maduran permaneciendo mucho tiempo en esta santa morada; á lo alto de la bóveda se ven aquellos cuya voz se ha oído en el mundo para reunir, así del Oriente y Occidente como del Norte y del Mediodía, los pueblos redimidos con la sangre del Salvador y destinados á recibir el misterioso depósito de su voluntad, de sus promesas y de sus preceptos.



Finalmente, debajo de estas bóvedas sublimes y solemnes se derrama una luz misteriosa al través de cristales de mil colores, pues que no había de ser el sol que alumbraba los trabajos del hombre terrestre el que había de brillar en el santuario de los misterios más inescrutables, sino que, por el contrario, eran menester á la vez los más puros rayos de la aurora y los más suaves resplandores del sol poniente, producidos por el admirable juego de la luz al través de los cristales góticos. En esta luz, en cierto modo sobrenatural, había sabido representar el arte de una manera viva y refulgente la historia del cielo y de la tierra, y al Señor del templo, y á los Santos que le rodean, y la caída del hombre y su resurrección en el juicio final. En cualquiera parte adonde se encaminasen tanto el fiel recogido como el hombre de mundo indiferente, tenían que hallar pinturas propias para mantenerlos en las santas disposiciones ó para conducirlos á ellas. Estos templos, que hablaban al ojo con sus estatuas, pinturas, formas, adornos y símbolos, eran un verdadero libro que reemplazaba los que la imprenta extendió más tarde, y en donde el sábio y el ignorante podían sin dificultad conocer sus relaciones con Dios y el mundo futuro. «Las imágenes, había dicho San Gregorio el Grande, son los libros de los que no saben leer; no se las adora, pero se ve en ellas lo que es adorable.»

Los monasterios fueron los primeros en construir estas grandes basílicas y en formar arquitectos y escultores. Foulda y San Gall tuvieron nombrada bajo este concepto. Luego, poco á poco, se formaron artistas seculares, que se reunieron en corporaciones, es decir, en cuerpos de oficio (cofradías de albañiles), con el objeto de conservar y propagar los secretos de su arte, y de ayudarse recíprocamente en los inmensos trabajos necesarios en estas construcciones gigantescas. En el siglo XII la mayor parte de las iglesias eran de madera, exceptuando en España é Italia, y hubo una admiración general cuando se hicieron de piedra las bellas iglesias de Cluny en Francia, y del obispo Bernward en Hildesheim; y en el siglo XIII se rivalizó en ardor para construir en todas par-

tes nuevos templos, maravillosas catedrales, cúpulas y flechas; tales monumentos, que apenas al presente los Estados más poderosos levantarían otros iguales, á pesar de sus recursos rentísticos, siendo así que entonces una sola población ó un convento los emprendía con atrevimiento y los acababa, merced al generoso desprendimiento que inspiraba una fe profunda, pues la fe era la palanca que removía estas enormes masas, como lo prueba la solemnidad religiosa que acompañaba al acto de colocar la primera piedra y la dedicación del templo.

Esta noble y piadosa actividad agitó la Europa de un extremo á otro. En el fondo del Norte, el arzobispo Eystein construyó la catedral de Drontheim en honor de San Olafo, el más sólido, rico y completo monumento de la península escandinava, cuyas estatuas y esculturas rivalizaban con las de San Pedro de Roma. En Alemania, las catedrales que pasaban por obras maestras del arte gótico, eran, despues de las de Marbourg y de Tréveris (desde 1227), la cúpula de Colonia (1246), iglesia modelo, fundada por una fe vigorosa, cuyas esperanzas no han visto realizadas los siglos, monumento maravilloso, aunque sin acabar, que por mucho tiempo ha parecido desafiar con atrevimiento los infructuosos esfuerzos de los modernos. Polonia, Strasburgo y Friburgo formaron la majestuosa trilogía gótica del Rhin. Entonces fué también cuando se construyeron en Francia las catedrales de Chartres, inaugurada en 1260, despues de siglo y medio en construirla; de Reims, metrópoli de la monarquía, en 1232; de Amiens, en 1228; de Beauvais, en 1250; la santa capilla de San Dionisio, las torres de Nuestra Señora de Paris en 1223; en Bélgica, la iglesia de Santa Gudula de Bruselas, en 1226; la de Dunes, construida en cincuenta años (1214-62) por cuatrocientos frailes; en Inglaterra, Salisbury, la más hermosa catedral de este reino (1220), la mitad de la de York (1227-60); el coro de Ely, en 1235; la nave de Durham, en 1212; la abadía nacional de Westminster, en 1247; en España, las iglesias de Búrgos y de Toledo, fundadas por San Fernando en 1228.





Luego todas las artes, siendo nobles émulas ó servidoras fieles, se agruparon en torno de la arquitectura cristiana, su primogénita y su señora. De pronto la escultura, despues de débiles ensayos, creó nobles producciones desde el siglo XIII, é hizo salir de la grosera piedra las más preciosas estátuas de ángeles y santos que poblaron las puertas de las iglesias metropolitanas, las figuras de los grandes y poderosos señores y de sus castas esposas, durmiendo con el sueño de los justos sobre sus sepulcros de piedra, con las manos juntas, la cabeza apoyada sobre las rodillas de los ángeles, y á veces rodeadas de su numerosa prole.

En Florencia sobre todo, se desarrolló el arte plástico aplicado á las iglesias y á sus adornos. Nicolás de Pisa y su ilustre familia crearon una escultura llena de pureza y de vida; el mármol respiró bajo su escoplo. Andrés de Pisa esculpió las tres primeras puertas de la catedral (1339-40). Ghiberti de Florencia vació en bronce las dos puertas del baptisterio de San Juan de esta ciudad, dignas, segun expresion de Miguel Angel, de adornar la puerta del paraíso. Lucas de Robbio, discípulo de Ghiberti, hizo bajos relieves de tierra cocida, que pintó y luego cubrió con un esmalte duradero. En la cúpula de Florencia se admira el bajo relieve que representa unos monaguillos en ejercicio, cuya actitud es tan natural y la expresion tan viva, que parece se les oye cantar. Donatella de Florencia pasa por el restaurador de la estatuaria en Italia; la profundidad del pensamiento falta en sus obras; con todo, procuró reemplazarla por el movimiento apasionado de sus figuras. El tesoro artístico más precioso de la iglesia de Nuremberg, es la estátua de San Sebald, hecha por Vischer, que murió en 1530.

A su vez, la pintura se unió á la escultura y arquitectura para glorificar al Señor; y tomando un vuelo tan rápido como atrevido, produjo obras maestras, de que se enorgullece la Italia, pues son tales, que hasta ahora no se han hecho otras iguales. Pisa y Sena, cuyo melancólico aislamiento atrae todavía al viajante, fueron la cuna de la pintura; en Florencia tuvo luego su metrópoli, y allí se formó una asociación de artistas bajo el patronato de San Lú-

cas, la cual, dirigida por Guido de Sena en 1221, y Giunta de Pisa, en 1210, fué la primera escuela seria y verdaderamente inspirada por el genio del arte y de la religion; alcanzó tan alto grado de perfeccion en Cimabue en 1240-1300, que Florencia recibió en triunfo el cuadro de la Anunciacion, persuadida de que la cabeza de la Virgen habia sido pintada por un ángel bajado del cielo á este intento. Los cuadros de esta escuela todos están pintados sobre un fondo oro, y tienen un carácter piadoso y grandioso; mas algunas partes de estas figuras son de una longitud desmesurada. Giotto (1270-1336), que acertó más en imitar la naturaleza, sus graciosas formas y su movimiento, ensalzó más la gloria de su escuela, y hablando con propiedad, fundó la escuela de Florencia, cuyos principales maestros son sobre todo los siguientes: Domingo Ghirlandajo (1451-93); el piadoso dominico Angelo de Fiesole (1387-1455), que pintaba siempre entre súplicas y lágrimas; Masaccio (1417-43), que se hizo notable por el uso del claro oscuro; Leonardo de Vinci, cuya inimitable cena presenta el modelo acabado del arte en su fin más noble; fray Bartolomé, que siguió las huellas de Leonardo y dió á sus figuras un carácter de hermosura varonil; Miguel Angel (1474-1564), por el pincel enérgico y severo, que adornó la capilla Sixtina con austeras figuras de los profetas del Antiguo Testamento y con el terrible cuadro del Juicio final.

En la Umbría, el espíritu de San Francisco de Asís, siempre viviente, habia hecho de su iglesia de la Porciúncula un santuario, no sólo de fe, sino tambien del arte. Una muchedumbre de franciscanos se entregó con éxito á la pintura, y todos los pintores célebres del siglo siguiente pagaron su tributo al seráfico Patriarca, adornando con sus obras su iglesia de Asís. Los que más se distinguieron en esta mística escuela de la Umbría, fueron: Perugin (1447-1524); Francisco Francia (1450-1518), y sobre todos Rafaél d'Urbino (1483-1520), á quien inmortalizaron varias obras maestras, y entre otras Nuestra Señora Sixtina y las habitaciones del Vaticano. Despues vino tambien el Corregio (1494-1534) para el colorido brillante y má-



gico; el Titien (1474-1576), discípulo de Bellini y de Giorgione, tan perfecto en la armonía de los colores y la verdad de la expresion, y no sólo muy celebrado por su Asuncion y su Cena, si que tambien por un magnífico Ecce Homo y muchas otras obras capitales.

Tambien en Alemania se formó á orillas del Bajo Rhin, y al lado de la cofradía de los albañiles, una escuela de pintura, cuyos maestros más celebrados fueron los hermanos Huberto, Juan Van Eyk (1336-1470), Alberto Durer (1471-1528), y más tarde Holbein (1498-1554).

Por fin, la música, dice el eminente Alzog, hermana de la escultura, de la pintura y de la poesía, dando al pensamiento una forma armónica, animando las bóvedas silenciosas de las basílicas con sus melodías vivientes, embelesando al oído de la misma manera que la pintura á la vista, asoció su poderío al de las demás, y dió cima á la obra religiosa y civilizadora de las artes. Habia sido, en efecto, sorprendente que el genio inspirador del arte cristiano no hubiese sabido de qué manera sacar partido de un arte como la música, y hablar con lenguaje digno de los sublimes sentimientos que la Iglesia manifiesta en sus grandes y solemnes ceremonias. De ahí provino el canto ambrosiano y gregoriano, por el cual se ve que la Iglesia comprendió y se utiliza de todas las artes; Carlo-Magno se esforzó en llevar á la otra parte de los Alpes este canto eclesiástico, que progresó mucho por el uso de los órganos. Luego aparecieron otras causas de música religiosa, y la Iglesia, lejos de oponerse á ello, dispensó siempre á la música el más noble y poderoso apoyo. En el siglo XI, el piadoso monje Guido d'Arezzo, para obviar á las imperfecciones de la notacion musical y de la medicion, fué el primero en inventar la escala diatónica, llamada gama; se sirvió de claves, de intervalos entre las líneas, etc., etc.; este sistema fué perfeccionado por un cierto Franco, maestro de música en Paris, que probablemente vivia en siglo XI (*cantus mensurabilis*). La orden cisterciense se dedicó con un celo particular al estudio del canto, y San Bernardo decia: «No debe ser duro ni empalagoso; tiene que agradar al oído, conmovér, despertar el corazón, conso-

»larlo y calmarlo, llamar la atencion sobre el sentido de las palabras repitiéndolas, y llevando misteriosamente la virtud al alma.»

La decadencia de la vida religiosa, de que tan á menudo se ocuparon los concilios durante este período, necesariamente debió acarrear la de la disciplina penitenciaría. La facilidad con que podian los fieles sustraerse á los saludables rigores de aquella, mediante las numerosas indulgencias concedidas por Julio II á cuantos contribuyesen con alguna limosna á los gastos de la construccion de la basílica de San Pedro, fué tambien en parte causa de la misma decadencia. El celo serio de los primeros siglos cristianos por las prácticas de la penitencia, fué reemplazado por una increíble ligereza, que iba en aumento á causa de los sarcasmos criminales de las sectas, que de dia en dia eran más atrevidas. Esto dió margen á las quejas amargas de los concilios sobre la barbarie, grosería é inmoralidad de los pueblos, alimentadas, ó más bien ocasionadas, por el descuido que el clero tenia en instruirles, y parecia que las únicas armas de que se echaba mano para conducirlos eran la excomunion y el entredicho, de que se hacia tan frecuente y precipitado uso, que los concilios creyeron á menudo tener que restringir el uso de estas penas canónicas. Sin embargo, habiendo reaparecido con frecuencia la peste, y sobre todo la peste negra, entre otras catástrofes, volvieron los espíritus á ocuparse de pensamientos más serios, y algunos se lanzaron á vias extremas. Así fué que se vieron inmensas tropas de disciplinantes que se azotaban con exceso; el mismo San Vicente Ferrer, poco antes de disolverse el concilio de Constanza, dirigió una tropa de estos penitentes, que pensaban apartar con sus maceraciones el juicio de Dios, cuyas señales creian conocer en las desgracias del tiempo. Muy á menudo confiaban más en sus propias obras que en los méritos de Cristo y en sus Sacramentos, y su culpable presuncion despreciaba todo cuanto hacia referencia á la Iglesia. De otra parte, en oposicion con los disciplinantes, apareció la secta de los danzarines, á los que se les creyó poseidos del demonio, y se recurrió á los exorcismos para librarlos de